

REINA DE CORAZONES

Diana, la novela



*Julie
Heiland*

JULIE HEILAND

REINA DE CORAZONES

Diana, la novela

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Diana. Königin der Herzen*

© Ullstein Buchverlage GmbH, Berlin. Published in 2021

by Ullstein Taschenbuch Verlag

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Aunque se basa en hechos reales, esta novela es una narración ficticia de la historia de Diana de Gales. No todas las escenas que se relatan sucedieron realmente. Algunos acontecimientos difieren de la realidad o son una adaptación de la autora. Asimismo, los diálogos, en su mayor parte, son una invención.

Canciones del interior:

pág. 128: *Empty Heart*, © 2002 ABKCO Music & Records Inc., Sony/ATV Music Publishing LLC, interpretada por The Rolling Stones

pág. 199: *Can't Take My Eyes off You*, © 1967 Bob Gaudio & Frankie Valli d/b/a The 4 Seasons Partnership by arrangement with Rhino Entertainment Company, a Warner Music Group Company, interpretada por Frankie Valli

pág. 295: *Rebel Rebel*, © 2004 Parlophone Records Ltd, a Warner Music Group Company, interpretada por David Bowie

pág. 381: *Here Comes the Sun*, © 1969 Harrison Ltd, interpretada por The Beatles

Primera edición: junio de 2022

ISBN: 978-84-08-25958-9

Depósito legal: B. 7.772-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

PRIMERA PARTE

1977

—Puede fiarse de mí —aseguró él.

Una única frase y todo un mundo detrás.

Llegó un sábado por la mañana. Sarah había anunciado su visita a los cuatro vientos.

—No te acerques a él —le ordenó su hermana—. Date por satisfecha con que puedas unirme a nosotros en la cena. Y ¿se puede saber de qué vas vestida?

Diana llevaba unas medias blancas tupidas con un maillot negro y un pañuelo de seda ligero como una pluma. La ropa de ballet.

Habría dado cualquier cosa por salir a cabalgar con el príncipe y su hermana. Incluso había suplicado. Pero con ello solo había conseguido confirmarle a Sarah que su hermana pequeña era demasiado infantil para el príncipe. De manera que Diana cocinó una generosa cantidad de natillas para ella y el servicio, y se las comió en la cama mientras leía ensimismada una novela rosa de Barbara Cartland.

«Había tanta ternura en su voz que ella apoyó el rostro en su hombro... Entonces él dijo: “Esta noche, querida mía, aún eres una niña, no una mujer, y por eso me gustaría ser para ti el príncipe de tu corazón, igual que tú eres la reina del mío”. “Te

amo”, musitó ella, y acomodó su cabeza en las mullidas almohadas.»

Diana se tumbó boca arriba, dejó *La novia del rey* sobre el vientre y se puso una mano detrás de la cabeza. «Debe de ser maravilloso ser princesa —dijo lanzando un suspiro—. ¿No te parece, señorita Harmony?»

La señorita Harmony era un conejillo de Indias de color rosa que formaba parte de la nutrida familia de peluches de Diana, que casi ocupaba todo el cabecero de la cama.

En las novelas de Barbara Cartland la vida siempre era fácil. Las heroínas eran beldades que estaban un tanto solas, pero entonces conocían al amor de su vida, florecían y, tras algunos altibajos, ambos terminaban juntos y eran felices hasta el fin de sus días.

¿Acaso su vida no se parecía un poco a uno de esos culebrones? O ¿quizá más bien a un cuento triste?

De pronto se escuchó en el pasillo la estridente voz de Raine: «¡Haga el favor de tener más cuidado! Esa es una cómoda de la época georgiana. ¿Tiene idea de lo que vale?».

Raine, la malvada madrastra que reñía al servicio. Y Diana era Cenicienta, una chica de dieciséis años que en realidad tendría que haber sido un chico. Después de dos hijas, la familia Spencer deseaba fervientemente un varón, pero fue Diana la que vino al mundo. Una amarga decepción. Eso fue algo que ni siquiera logró compensar Charles, su hermano pequeño, que nació tres años después. De manera que cuatro años más tarde sus padres se separaron.

Diana se levantó de la cama y miró por la ventana con aire pensativo. «De película», solía decir entusiasmado su padre cuando, al salir a cabalgar, dejaba vagar la vista por el vasto y ondulado paisaje rural. Con la luz otoñal los árboles adquirirían una tonalidad rojiza y amarilla. Solo se veían casitas y ovejas en kilómetros a la redonda.

«Ah, y también se puede llevar ese cuadro espantoso para la subasta.»

Desde que el padre de Diana se había casado el año anterior con Raine, esta se las daba de dueña y señora de Althorp House. Malvendía en subastas todo lo que caía en sus manos. Sustituía muebles que pertenecían a la familia Spencer desde hacía generaciones por otros brillantes de dudoso gusto. Diana no podía ver a Raine, aunque era hija de Barbara Cartland, su escritora preferida. ¿Cómo había podido su padre hacerles eso a sus hijos? ¿Casarse en secreto con esa mujer estafalaria y ridícula?

Ahí estaba de nuevo, esa sensación... Como si un frío puño de hierro le atenazase el corazón. Como si no acabase de encontrar su sitio en el mundo. Los luminosos colores otoñales desaparecieron tras la neblina gris que se levantó de los campos medio helados, y el palacio del siglo XVI, con sus 121 habitaciones, se le antojó de una magnitud abrumadora, como una isla solitaria en medio de la nada.

Siempre que la asaltaba esa sensación, Diana se ponía a bailar. Porque, al bailar, se liberaba de todo ese lastre. Y olvidaba a Raine, olvidaba las malas notas del internado, olvidaba incluso que Sarah le había prohibido salir de su habitación bajo pena de muerte. En el interminable pasillo hacía piruetas y, de pura alegría, sacaba la lengua a sus antepasados, que le dirigían miradas severas desde los cuadros. Frances, su madre, nunca se había sentido a gusto en Althorp House, como había confesado en una ocasión a Diana. «Esa casa es como un museo cuando finaliza el horario de apertura», decía.

Su lugar favorito para bailar era Wootton Hall, el impresionante salón de techos altos, cuyo suelo de baldosas blancas y negras recordaba a un tablero de ajedrez. Y le gustaba bailar sobre todo claqué, porque el ruido que hacía volvía loca a Raine.

El ronroneo de un motor la hizo parar. Diana se asomó a la ventana ligeramente sin aliento. Dos coches se detuvieron en la entrada: un Jaguar negro y un elegante deportivo. ÉL se bajó.

Diana seguía regularmente en televisión, admirada, sus audaces aventuras en las pistas de esquí, sus saltos en paracaídas y sus triunfos en el polo.

Una fotografía de él colgaba en su habitación del internado, sobre el tocador.

El que probablemente fuera el soltero más codiciado del mundo se estaba bajando del coche delante de la casa de sus padres.

Sarah lo saludó con una coqueta reverencia. «Alteza.»

Estaba guapa con su ceñido pantalón de montar y la chaqueta que realzaba su figura, que a decir verdad era demasiado fina para el mes en que estaban, noviembre. Por fin volvía a sentirse mejor. Hacía dos años la había abandonado su novio de manera inesperada y desde entonces apenas comía. Pero ahora volvía a sentirse lo bastante segura para invitar al príncipe de Gales a una partida de caza en la finca de la familia.

Sarah hizo entrar al príncipe y Diana salió sin hacer ruido a la galería contigua.

«Espere en el vestíbulo, por favor —oyó que decía Sarah—. Diré al mozo de cuadra que ensille los caballos.»

En lugar de retirarse a su habitación, como le había prometido a su hermana, Diana echó un vistazo. El príncipe ejercía una fuerza de atracción mágica en ella.

Con su americana de *tweed*, tenía un aire de hidalgo rural del siglo pasado. Contemplaba con interés los cuadros que adornaban la pared de suelo a techo, todos los cuales mostraban lo mismo: la caza del zorro. Centró su atención en la siguiente obra de arte, de forma que Diana solo le veía el perfil. Sabía que debía irse volando ya, pero no era capaz de hacerlo. Algo en él

la retenía. Tal y como estaba, con una mano a la espalda, ante el soberbio óleo en el que un jinete perseguía a un zorro, parecía en cierto modo... solo. Perdido. Incluso triste.

De repente, como si intuyese la presencia de Diana, se volvió hacia ella y la vio.

Como la mirada de sus ojos azules le llegó al alma, como no sabía qué decir y como Sarah la mataría, lo único que se le ocurrió fue salir corriendo. Subió a toda prisa la escalera revestida con una ancha alfombra roja, cuyos escalones crujían más que nunca.

Quizá Diana hubiese podido escapar si se hubiera dado más prisa.

Pero entonces la voz de él la frenó. Una voz que ya había oído cientos de veces en televisión o en la radio, pero que allí y en ese momento parecía mucho más emocionante todavía, aunque solo pronunciara una palabra:

—Hola.

—Solo soy yo —contestó ella—. Diana. La hermana pequeña de Sarah. —No se atrevía a mirarlo, así que bajó la vista a sus zapatillas de ballet; al menos hasta que recordó sobresaltada que ante un miembro de la familia real debía hacer una reverencia—. Alteza. —Él esbozó una sonrisa—. Por favor, haga como si yo no estuviera.

—¿Por qué iba a hacer tal cosa? —preguntó él.

—No se lo puedo decir —replicó ella ladeando ligeramente la cabeza.

—¿Aunque a cambio le devuelva el pañuelo?

Diana se llevó las manos al cuello sin necesidad, porque él sostenía el pañuelo. Quizá incluso lo hubiera perdido intencionadamente, pero eso, como es natural, no lo admitiría nunca.

—¿Y bien? —inquirió él.

—Si se lo cuento, ¿me promete que será nuestro secreto?

—Puede confiar en mí. —Y de pronto su mirada ya no era solitaria y triste, sino tentadora como una pradera rebosante de flores en primavera, en cuya mullida hierba se podía dejar caer uno. Su voz cálida y su mirada transparente la tranquilizaron, de forma que su timidez se esfumó.

—Mi hermana me hizo jurar que no me dejaría ver en todo el día —confesó—. Temía que pudiera espantarlo.

—¿Cómo podría hacer tal cosa? —se sorprendió él.

—Practicando ballet en la galería, por ejemplo. Pero me gusta bailar aquí. O en el vestíbulo. O fuera, en los muros. —A modo de prueba hizo una pirueta que lo hizo reír—. ¿A usted le gusta bailar, señor?

—Cuando oigo música rítmica, me cuesta contenerme —respondió—. Pero por desgracia no me puedo permitir bailar en muros.

—Debería probarlo alguna vez. Es estupendo.

Se miraron y de repente Diana fue consciente de todos sus puntos débiles. Lo infantil que le debía de parecer con las medias y el maillot, con las mejillas rojas.

—Ensayo para una función en el internado —se apresuró a aclarar—. Vamos a representar una obra de Shakespeare.

—Shakespeare es uno de mis dramaturgos preferidos. Y hacer teatro también me ha gustado siempre.

—¿De verdad?

De repente él arqueó la espalda e hizo una mueca horripilante.

—«Y por tanto, puesto que no puedo mostrarme amator, para entretenerme en estos días bien hablados, estoy decidido a mostrarme un canalla» —citó, y a modo de explicación añadió risueño—: En una ocasión encarné en una función escolar al duque de Gloucester, el deforme sucesor al trono del siglo xv. Quizá debiera darme que pensar que el director me asignara ese papel.

Diana, fascinada a más no poder al ver que era capaz de reírse de sí mismo, se tapó la boca con la mano para ocultar la risa.

—¿Qué obra va a interpretar? —se interesó él.

—*Romeo y Julieta*.

—Y seguro que usted hace de Julieta.

¿La estaba lisonjeando? ¿O solo estaba siendo educado? Diana no tenía experiencia con los hombres, pero sentía mariposas en el estómago y las piernas le flaqueaban.

—No, no me gusta estar en primer plano —admitió—. Solo participo en las obras si no tengo que recitar ningún texto. Lo admiro a usted por el aplomo que muestra en público. Siempre parece seguro de sí mismo y tranquilo, como si no le tuviera miedo a nada. —Diana recordó el salto en paracaídas, los arriesgados descensos de pistas y su carrera de jugador de polo. Era la combinación perfecta de príncipe y héroe de acción.

—Bueno, el miedo es lo que limita. Y cuando se ha crecido rodeado del alboroto mediático, no se conoce otra cosa —contestó con modestia. Acto seguido miró a su alrededor—. Pero, dígame, ¿es esta la famosa galería de Althorp House de la que todos hablan maravillas?

Diana asintió.

Carlos subió dos escalones y le dio el pañuelo de seda. Pero cuando Diana lo fue a coger, él lo retuvo.

—¿Le apetecería enseñarme la galería después de cenar?

«Con mucho gusto», le habría contestado ella, pero no llegó a hacerlo, ya que de pronto vio que su hermana estaba en la habitación. ¿Cómo era posible que Diana no la hubiera oído llegar, con el ruido que metían las botas de montar en el suelo?

—Conque aquí está, señor. Los caballos... —La sonrisa de Sarah desapareció al ver a Diana—. Podría haberlo imaginado. —Dirigiéndose al príncipe añadió—: Disculpe si mi hermana pequeña lo ha importunado. A veces no sabe dónde están los

límites. Se cree que es mejor que los demás, por eso la llamamos la Duquesa.

—No me creo mejor que los demás.

—¿No querías ir a tu habitación a leer una de esas novelas de amor?

Diana idolatraba a su hermana, y al mismo tiempo la respetaba profundamente. Por eso se sorprendió a sí misma cuando alzó la barbilla con orgullo y afirmó:

—El príncipe me ha pedido que le enseñe la galería.